

siones á la veneracion de los creyentes; pero, si en el trascurso de los años se presentó ocasion propicia para que un hombre valeroso y enérgico pudiera lograr un éxito decisivo, siempre faltó quien supiera aprovecharla, y si por acaso un alida de arrojo excepcional se atrevía á intentar algo, era seguro que había de escoger para ello el momento menos oportuno. Así la historia de esta casa ofrece en todos tiempos, con raras excepciones, el lastimoso espectáculo de ocasiones perdidas y de descabelladas intenciones que solo conducían á inútil derramamiento de sangre y á desquiciar cada vez mas el mundo islamita: familia desdichada, cuyo mayor mérito parece haber consistido en servir de pantalla, doscientos años despues, á un atrevido aventurero, para que pudiera llevar á cabo la usurpacion mejor lograda de que hay ejemplo en los fastos de la historia (véase mas adelante). Estos eran los hombres á cuyo favor se trabajaba con tanto celo la opinion desde el cambio de sistema de gobierno; y la cándida religiosidad de Omar II no podía inspirarle cosa mas perjudicial para los intereses de su dinastía que la disposicion, dictada en el año 99 (717-718), suprimiendo en la oracion del viernes el anatema contra Alí, que había sido de rúbrica hasta entonces. Naturalmente los siitas pudieron ya hacer pública manifestacion en todas partes del culto que tributaban á su santo, lo que implicaba, dadas las circunstancias de aquella época, la condenacion del gobierno de los omniadas. No necesita demostrarse cuánto dañaba á la autoridad de la dinastía así esto como la parcialidad por los alidas, evidenciada en general y hasta con exageracion por Omar, y cuánto debía facilitar su tarea á los consagrados á propagar la doctrina siita.

Lo mas fatal para la casa de Abdelmelik fué que precisamente en aquellos momentos se encontrara un grupo de hombres astutos y poco escrupulosos que supieron aprovechar para sus propios fines la existente organizacion secreta, comunicándole la tenaz energía que faltaba á los alidas. Ya indicamos anteriormente las cualidades que Abbas, el astuto y cauto tio del Profeta, había dejado en herencia á sus descendientes. Su hijo Abdallah había estado al principio de la primera guerra civil á favor de Alí, pero cuando hubo empeorado la situacion de éste se retiró á la Meca, y despues á Taif, no descuidando de llevarse los fondos del Estado existentes en Basora, que había administrado hasta allí. Hizo luego las paces con los omniadas y dedicóse á la teología. Fué el primero que reunió metódicamente material para la interpretacion del Corán, lo que le valió gran renombre; lástima que para aumentar esta fama pretendiese saberlo todo, permitiéndose inventar interpretaciones por demás engañosas de pasajes difíciles del libro sagrado, para él mismo incomprensibles y con las cuales aun hoy tenemos que luchar. Alí, hijo de Abdallah, hacia grande ostentacion, así en Damasco como en otros lugares, de una religiosidad verdaderamente extraordinaria, invirtiendo todo el día en oraciones; pero, al propio tiempo, conspiraba en secreto contra los omniadas, y esto le suscitó desagradables altercados con Walid, de quien no era fácil burlarse, dando lugar, por último, á su destierro de la capital. Fijó su residencia entonces en un pequeño lugar al Sur del mar Muerto, y allí fué donde, segun la tradicion posterior, en tiempo del califato de Suleiman, Abdallah, hijo de Mohammed Ibn El-Hanafíe y por lo mismo nieto del califa Alí, traspasó solemnemente sus derechos y los de su casa al imanato á un hijo del mismo abasida Alí, llamado Mohammed. Por supuesto que todo ello es una invencion de los historiógrafos de la corte abasida para establecer la legitimidad de sus amos; la verdad es que el mismo Mohammed, padre del primer califa abasida, Saffah, que nació en el año 104 (722), tuvo la feliz idea de

poner al servicio de su familia el gran influjo personal de los alidas. Con este objeto se logró la union de ambas ramas de la familia del Profeta, con reserva, como se puede suponer, por parte de los abasidas de prescindir de los descendientes de Alí tan pronto como quedase minada la dominacion de los omniadas y hacerse ellos mismos con la herencia del enviado de Dios.

Los caudales que Abbas y sus hijos tuvieron el talento de acumular, aprovechando varias oportunidades, se habían aumentado considerablemente, mientras que los alidas no supieron jamás prosperar: debió, por lo mismo, de parecer ventajoso á éstos aceptar la alianza que se les proponía. Con refinada astucia consiguieron los abasidas que la propaganda que se emprendió entonces, de comun acuerdo, tuviese por consigna la fórmula mas lata de «la soberanía para la casa del Profeta,» de manera que en todas partes se predicaba secretamente en favor de los *haschimitas*, ó sea en favor de los descendientes del antecesor del Profeta, Haschim, siguiendo naturalmente los siitas comprendiendo á los alidas bajo esta denominacion, que por su parte los abasidas se atribuían á sí mismos. Mientras de este modo se fomentaba en secreto, en todos los círculos de los siitas, la esperanza y con ella el deseo de un cambio de situacion, año tras año visitaban el Oriente los emisarios de los abasidas, bajo el disfraz de mercaderes ú otro por el estilo, provocando tambien el descontento entre los no afiliados á la secta, y muy especialmente exacerbando la constante enemiga entre árabes del Sur y del Norte y en estos últimos la que dividía á Modar y Rabi'a; de tal suerte que con el tiempo estas pérdidas maquinaciones habían soliviantado no solo la poblacion persa contra el gobierno existente sino tambien á una gran parte de las guarniciones árabes, haciéndolas propicias á un cambio de dinastía.

Todo esto, sin embargo, estaba aun muy en sus principios cuando despues de la prematura muerte de Omar (1) y tras el breve reinado de Yezid II subió al trono el cuarto hijo de Abdelmelik, Hischam (105-125 = 724-743). Hombre de gobierno por el estilo de su padre, hizo cuanto fué necesario para contener el creciente desenfreno, remediar las consecuencias de las desacertadas medidas de Omar II y poner término, ante todo, al despilfarro de los caudales del Estado que se había hecho en tiempo de aquel para fines piadosos y en el de Yezid para satisfacer sus caprichos y diversiones. En el mismo año 105 (724) nombró lugarteniente del Irak á Jalid Ibn Abdallah El-Hasrí, el cual si bien era yemenita no se diferenciaba mucho en sus principios de gobierno del keisita Haddschadsch, y logró mantener la paz interior en aquella difícil provincia durante cerca de catorce años.

Menos suerte tuvo el califa con sus representantes en el Oriente, donde ni el hermano de Jalid, Asad, ni sus sucesores pudieron á un mismo tiempo hacer frente á las rebeldes tribus turcas, evitar los choques entre los grupos de las árabes y vigilar á los emisarios de los abasidas. Hubo allí continuamente disturbios y verdaderas guerras, que favorecieron en gran modo los trabajos de zapa de la propaganda haschimita. Si los lugartenientes en estas provincias eran por lo general yemenitas, en cambio el Africa estuvo desde el año 110 (728) gobernada por keisitas, lo que demuestra

(1) Acúsase á su sucesor Yezid de haberle envenenado. No hay duda que los omniadas debían estar muy descontentos con un príncipe que cuanto hacia resultaba en perjuicio de su propia dinastía; pero por lo que sabemos de Yezid II, no parece verosímil que se hiciera culpable de un envenenamiento, dado su carácter ligero é indolente á la par que amable. No por eso queda demostrado que la muerte de Omar fuera natural; es posible que entre los otros omniadas se encontrase alguno capaz de perpetrar el hecho.

que Hischam tenía el acertado propósito de restablecer el equilibrio entre ambos partidos. Por desgracia, al obrar así, no tomó debidamente en cuenta la diversa índole de los súbditos en el Oriente y en el Occidente. Persia necesitaba un gobierno despótico, como lo había tenido casi desde el principio de su historia; pero los democráticos é independientes bereberes debían ser tratados con mas miramiento. Ahora bien, la manera como acostumbraban á ejercer el gobierno los yemenitas se diferenciaba notablemente del método de los keisitas. Aquellos eran, por el estilo de la casa de Mohallab, distinguidos, generosos y relativamente benignos, y por otra parte, á menudo indolentes, descuidados y pródigos; los keisitas, en cambio, solían restablecer y mantener el orden material en todas partes con severidad y hasta con dureza, á la manera de Haddschadsch, y en especial apretar el tornillo de los impuestos. Así, aquellos eran populares y éstos temidos; por tanto, todo podía marchar con alguna regularidad mientras los kelbitas gobernasen á los bereberes y los keisitas las provincias orientales. Pero Hischam, cambiando los términos, envió á los hijos de Kasrí al Irak y al Corasan, y á Obeida Ibn Abderrahman, un árabe del Norte de la tribu de Soleim, á Berbería; y si bien es verdad que, exceptuando á Jalid, los yemenitas poca impresion hicieron en los persas, no lo es menos que Obeida estaba enteramente fuera de su lugar en Keirowan. No contento con emplear desusada aspereza con los bereberes, empezó desde luego á maltratar tambien á los kelbitas, provocando con semejante conducta una excision en el elemento árabe, ya de suyo poco numeroso en Africa, lo cual no podía ser ventajoso á su necesaria preponderancia. Cierta que, por último, fué destituido Obeida á instancias del partido vejado por él, pero para ser sustituido (116 = 734) por otro keisita, Obeidallah Ibn Habbab. Era éste en su estilo un hombre muy respetable y al propio tiempo enérgico, cuyas dotes habían producido excelentes resultados en otro campo de accion. Puso término en verdad á la desatentada persecucion de los yemenitas, pero, en cambio, se dedicó á someter á los bereberes á un régimen aun mas severo y sobre todo á obligarles á pagar impuestos cada día mayores.

Este último propósito obedecía seguramente á instrucciones de Hischam, á quien sus lugartenientes nunca podían enviar tanto dinero como les pedía. Parece que oscurecía las virtudes de gobernar de este califa una avaricia de la cual la tradicion nos transmite algunos ejemplos muy curiosos. Cierta día, — así se nos refiere, — recibió Hischam un escrito de su propio hijo Suleiman, en el cual le suplicaba que le fuese sustituido su mulo, ya inútil, por otra cabalgadura. El califa contestó: «El príncipe de los creyentes se ha enterado de tu escrito y de la debilidad de tu animal mencionada en él; pero opina que ésta procede de tu poca vigilancia respecto del forraje y de consiguiente de su despilfarro. Sírrete cuidarte tú mismo de ello; tal vez haga entonces el príncipe de los creyentes algo por tu equipo.» No podríamos dilucidar hoy si la avaricia atribuida al califa consistía acaso principalmente en una prudente economía, impuesta por la necesidad, despues de las descabelladas medidas de Omar y de la vida licenciosa de Yezid II, para volver á poner orden en la desquiciada hacienda, con tanto mayor motivo cuanto que el Oriente, devastado por las revueltas y la guerra, apenas produciría rendimiento alguno y mas bien costaría considerables sacrificios. Sea de esto lo que fuere, las exacciones del tesoro á las provincias eran tan exorbitantes que apenas se podían satisfacer. Es por lo mismo muy probable que razones de esta índole influyeran en el nombramiento de keisitas para administrar el Occidente; pero, aun siendo así, fué una medida por demás funesta.

Precisamente entre los bereberes había alcanzado los mas brillantes resultados el proselitismo de Omar II, y á la sazón venía de improviso el gobierno y les reclamaba, siguiendo el precedente de Haddschadsch, el pago de impuestos que solo se podían exigir legalmente á los judíos y á los cristianos. Además, los funcionarios keisitas de todos los lugares cometían las mas odiosas exacciones. Debíó causar la mas viva indignacion en aquellas tribus, acostumbradas á activa independencia, que se les obligara á entregar sus mas hermosas hijas y á dejar que se despojaran sus rebaños de sus mas preciadas cabezas, para hacer regalos á personas influyentes en la metrópoli. Apoderóse por tanto del pueblo en general un sordo descontento, coincidiendo en fatal manera con los comienzos de una agitacion religiosa que parecía inventada expresamente para el carácter peculiar de aquellas poblaciones, por mas que no fuera sino una consecuencia natural de toda la historia del califato omniada. Hacia ya mas de treinta años que los jaridschitas habían sido cazados como fieras en todo el Oriente y en el centro del imperio. Al revés de los persas, los árabes, entre cuyas agrupaciones de ideas mas liberales se reclutaba casi exclusivamente la secta, no tenían afición ni condiciones para acechar en silencio por los tortuosos y velados caminos de las maquinaciones de las ligas secretas; al que no quería humillarse tascando el freno, no le quedaba mas recurso que huir á las fronteras del imperio, donde en los ejércitos del Islam que peleaban contra los infieles se cuidaban menos del catecismo que de que se supiese manejar bien el sable. Había, pues, bastantes jaridschitas en el Africa septentrional, y se comprende desde luego cuánto se adaptaba la doctrina independiente y activa de la soberanía de la comunidad al sentimiento democrático de las tribus berberiscas. Con asombrosa rapidez se propagaron las doctrinas jaridschitas por todo el país y con ellas el espíritu de rebeldía contra un gobierno cuyos procedimientos tan de acuerdo estaban con la impiedad de su origen.

Pronto ocurrieron disturbios y pequeños alzamientos en algunos puntos donde los recaudadores de los impuestos procedían con demasiada despreocupacion. Fueron sofocados, é Ibn Habbab estaba tan lejos de sospechar que tenía un volcán bajo sus plantas, que en el año 122 (740) envió á Habib, nieto del famoso Okba, al frente de numerosa expedicion á Sicilia, que ya había sido saqueada otras veces por las escuadras musulimes y que esta vez debía serlo en toda regla. Pero apenas habían marchado estas tropas, cuando estalló en el extremo Occidente una rebelion que veloz se propagó de una á otra tribu. Ibn Habbab mandó á Tánger á Jalid, hijo de Habib, con las fuerzas que quedaban disponibles; pero fueron insuficientes, y el mismo Jalid y gran número de los mas valerosos y reputados oficiales perecieron en desigual combate. Extendióse entonces el movimiento en toda libertad hasta Tremecen. Allí se contuvo por el pronto, merced á las tropas de Habib, que en el ínterin habían regresado de Sicilia. Pero toda la extension de lo que hoy es Marruecos había sacudido el yugo árabe, quedando, por lo mismo, disgregada peligrosamente del resto del imperio la España, donde seguía la malquerencia entre árabes y bereberes, y amagando cada vez mas un nuevo y violento choque. Aprovecharon esta situacion los personajes influyentes allí, tomando pretexto de la grave enfermedad de su lugarteniente, que falleció poco despues, para sustituir á éste con el anciano Abdelmelik Ibn Katan, el cual, si bien continuó administrando á nombre de Hischam, de hecho gobernó independientemente (123 = 741).

Cuando Hischam tuvo noticia de tales sucesos, comprendió desde luego que si no se hacían en seguida los mas po-

derosos esfuerzos se perdería muy pronto todo el Occidente. Envió 27,000 hombres de las mejores tropas sirias (1) á Keirowan, á las cuales se unieron en Egipto 3,000 mas; y como había ya en Africa un ejército de igual fuerza (2), se creyó estar suficientemente preparado para toda contingencia. Pero otros incidentes demostraron que aun la misma energía de un príncipe como Hisham no bastaba ya para obligar á unirse en una acción común á los elementos antagónicos del califato. Además de los kelbitas y de los menos numerosos keisitas se encontraban entre las antiguas guarniciones de Africa y España bastantes hombres descendientes de los de Medina. Desde la catástrofe del año 63, los hijos de los antiguos «auxiliares» de Mahoma buscaron refugio en el Occidente, donde bajo el gobierno mas tolerante de los lugartenientes yemenitas estaban á salvo de los malos tratos de un Haddschadsch y de sus correligionarios. Durante los 60 años transcurridos habíanse multiplicado considerablemente y constituían una parte no despreciable del elemento árabe de la población. Debía mortificarles en gran manera la llegada de tan poderoso ejército de soldados sirios, descendientes de aquellos que en su ciudad natal habían cometido tamañas atrocidades y contra quienes conservaban aun vivo el odio. Por su parte los sirios, al penetrar en el territorio africano, en la segunda mitad del año 123 (741), no ocultaban su desprecio hacia las guarniciones indígenas, que se habían dejado derrotar por los casi salvajes y miserables bereberes de tal modo que los mismos guardias del príncipe de los creyentes tenían que acudir á la provincia para arreglar aquel desorden.

Kolthum Ibn Iyad, á quien Hisham había confiado el mando superior del nuevo ejército y de toda la provincia, en sustitución de Ibn Habbab, caído en desgracia, era naturalmente keisita, pero antiguo y experimentado hombre de guerra, que también tenía fama de inteligente; mas su sobrino Baldsh, á quien debía pasar el mando en el caso de su muerte, y que ya mandaba la vanguardia con bastante independencia, reunía á innegable arrojo un carácter irreflexivo y altanero, muy propio para dar creces á la arrogancia de los sirios y para producir conflictos con las tropas africanas. Kolthum se había quedado al principio en Keirowan, haciendo avanzar á Baldsh con una parte del ejército, para juntarse con Habib, que estaba todavía en las cercanías de Tremecen, y muy pronto recibió el lugarteniente un escrito de este último en el cual se quejaba amargamente de la brutalidad é insolencia de los sirios y preveía el peligro de graves disensiones. Kolthum reunió entonces con el ejército, pero dejándose, por desgracia, influir por su sobrino contra Habib, tuvo con éste serios altercados, que poco faltó para que degeneraran en abierta lucha entre las tropas de ambos bandos. Bajo tan fatales auspicios penetró en los territorios sublevados el mas poderoso ejército que hasta entonces se había visto en Africa. Los bereberes le dejaron avanzar sin entorpecimiento hasta el valle del río Sebú, ó sea muy adentro hacia el Oeste; pero una vez allí, le cerraron el paso. Habib y otros, conocedores del terreno y de los enemigos, aconsejaron que se construyera un campamento atrincherado, contra el cual se estrellarían los bere-

(1) Según otros, 12,000; pero como todas las relaciones indican que la fuerza total era de 30,000, y como difícilmente se puede admitir que en Egipto, Barka y Trípoli se pudiese disponer de 18,000 hombres para enviarlos á otras provincias, me he decidido por la cifra apuntada en el texto. Véase Dozy: *Histoire des Musulmans d'Espagne*, I, pág. 244; Fournel: *Les Berbers*, I, pág. 291.

(2) La suma total de 70,000 (Fournel) es seguramente algo exagerada; después de la derrota de Jalid apenas existirían 40,000 soldados en todo el Occidente, exceptuando naturalmente los bereberes.

beres; pero, como era de esperar, Baldsh quiso saber mas que ellos y despreció por poco digna semejante táctica, no viendo en los bereberes sino á una canalla mal armada y medio desnuda de la que pronto se podría dar cuenta. En efecto, los insurrectos usaban pocas prendas de vestir y su armamento dejaba mucho que desear; pero eran innumerables como las arenas á orillas del mar, y el amor á su libertad, el fanatismo religioso y el odio á sus opresores les comunicaban desesperado arrojo. Kolthum, irritado por su disputa con Habib, cometió además la torpeza de privarle del mando de las tropas africanas y confiarlo á oficiales sirios, que les eran extraños y antipáticos. De este modo, no habiendo todo el concierto necesario, se dió la batalla; naturalmente, empeñándola primero que todos el indomable Baldsh al frente de la caballería siria. No fué cosa fácil romper las filas de los bereberes y solo se consiguió á la segunda carga; pero éstos, con su inmenso número, pudieron cerrar la brecha detrás de los jinetes, que siguieron su carrera y que cuando luego volvieron grupas se encontraron cortados de su infantería y envueltos por masas enemigas, á través de las cuales ya no era posible abrirse paso. Entretanto miles y miles de bereberes arremetían con irresistible furia contra la infantería árabe, ponían en fuga á las divisiones africanas, que peleaban de mala voluntad, y aplastaban con su número á los sirios, que se defendían valientemente. Una tercera parte del poderoso ejército, Kolthum y otros jefes sirios y el leal Habib encontraron allí la muerte de los héroes, y otra tercera parte cayó prisionera. Esta fué una de las mayores derrotas que sufrieron los árabes á manos de enemigos de su fe, y tanto mas funesta, cuanto que después de las de Constantinopla y Poitiers era la tercera vez que los omniadas se mostraban impotentes contra enemigos exteriores y cuanto que abría, al propio tiempo, sensible brecha en las filas de las leales tropas sirias, que constituían la verdadera fuerza de la dinastía.

Hacia dos puntos huyeron los que se habían librado de la muerte y de caer prisioneros: la infantería, en su mayor parte tropas africanas, á Keirowan, cuyas murallas ofrecían seguro amparo por el pronto; Baldsh con sus jinetes sirios, á los cuales los vencedores habían cortado la retirada, siguió adelante al través del territorio enemigo hasta llegar al mar. Logró penetrar en Ceuta, poniendo los muros de la pequeña fortaleza entre él y los bereberes; pero cuando éstos vieron que no era fácil el asalto, acampan en torno de la ciudad para rendir por hambre á los árabes. En vano suplicó Baldsh en repetidos mensajes, cada vez con mayor urgencia, á Abdelmelik Ibn Katan, gobernador de España, que le enviase barcos para poder refugiarse al otro lado del Estrecho. Abdelmelik no solo era ansar sino que cincuenta y ocho años antes había peleado como adolescente en el Harra contra los sirios y visto con sus propios ojos la devastación de Medina y las brutalidades de los vencedores. Había llegado para él la hora de devolver á los sirios todo el mal que le habían hecho, y se negó á salvar de la muerte por el hambre á los encerrados en Ceuta. Pero la gran victoria de los bereberes africanos, propagada á todas partes por sus emisarios, había envalentonado y agitado á sus compatriotas en España, los cuales poco después se alzaron igualmente contra sus incómodos señores. También allí estaban en minoría los árabes; pronto se vieron en todas partes atacados, derrotados y rechazados, y Abdelmelik, á pesar de su vivo odio contra los sirios, tuvo que decidirse por último á trasladar á España á Baldsh con sus tropas para salvar la dominación árabe. Con este auxilio consiguió, en efecto, someter á los bereberes; pero apenas logrado éste fin empezó una guerra civil entre sirios y ansares, en la que

Abdelmelik primero y luego Baldsh perdieron la vida (124=742), quedando en definitiva la victoria á favor de los sirios, que comenzaron entonces á devastar atrocemente el desdichado país.

Como se ve, era una situación casi desesperada la que encontró el kelbita Hanzala Ibn Safwan cuando Hisham, convencido por fin de la ninguna idoneidad de los keis para el gobierno de Africa, le envió como lugarteniente á Keirowan (Rabí II 124=febrero-marzo 722), pero mostró que estaba á la altura de las circunstancias. Cuando se encargó del mando avanzaban desde el Oeste dos grandes ejércitos berberiscos; estaban ya á punto de juntarse delante de los muros de Keirowan, cuando Hanzala, que había entretenido á sus dos jefes como á una jornada de las puertas de la ciudad bajo pretexto de negociaciones, cayó de improviso sobre el mas débil de los dos cuerpos y lo destruyó. Mas rehido fué el combate que tuvo que librar poco después al otro. Pero peleaban los árabes por la propia existencia, pues Keirowan no habría podido sostenerse en caso de una derrota; toda la población se puso sobre las armas, y la batalla mas encarnizada que jamás se dió en Africa, junto á Asnam, aldea apenas distante una milla de Keirowan, terminó con la victoria decisiva de Hanzala, merced á la cual la autoridad de éste en Africa quedó asegurada durante algun tiempo (mediados de 124=742). También en España debió influir este suceso, tanto mas cuanto que el avance de los cristianos de Asturias, que desde el principio de la rebelión berberisca se hacia mas manifiesto, era aun mas insoportable frente á la continua guerra civil. Los hombres mas reflexivos de ambos partidos se dirigieron personalmente á Hanzala, y en 125 (743) el gobernador enviado por éste á la otra parte del Estrecho, el kelbita Abu'l-Jatar, pudo hacer su entrada en Córdoba, donde su moderación para con todos los partidos logró asimismo establecer una situación llevadera, á lo menos por algun tiempo.

Tampoco los yemenitas pudieron á la larga ser de utilidad en el Oriente á Hisham. El Corasan no quería apaciguarse ni siquiera temporalmente, y hasta en el Irak no lograba ya Jalid mantener el orden. En el año 119 (737) los jaridschitas suscitaron en varios puntos una serie de levantamientos, y pareciendo al califa que el lugarteniente no procedía con bastante energía para dominarlos, le destituyó y confió el Oriente otra vez á los keisitas. Nasr Ibn Seiyar, que fué enviado al Corasan (120=738), dió, en verdad, pruebas de las antiguas cualidades de su tribu: enérgico á la par que tolerante, logró someter de nuevo al gobierno no solo á los árabes sino también á los turcos durante algun tiempo. El único mal fué, que para tener en todas partes gentes de su confianza, hubo de dar los cargos principales á sus compañeros de tribu de Modar. Esto causó disgusto así entre los yemenitas como entre los árabes del Norte de Rabí'a, y así quedó siempre en pié el antiguo antagonismo, en disposición de estallar de nuevo á la primera ocasión propicia. Con todo, mucho se había alcanzado allí restableciendo la paz material, y otro tanto logró en el Irak el otro keisita, Yusuf Ibn Omar, nombrado en 120 (738): la descabellada intención de un alida, Seid Ibn Alí, nieto de Huseim, fué sofocada sin esfuerzo (122=740) y muerto el mismo pretendiente. Así, después de una lucha de diez y nueve años, cúpole á Hisham, al ver venir la muerte, cuando hasta la misma España se sometió á su lugarteniente, la satisfacción de dejar reunido otra vez el vasto imperio bajo el cetro de los omniadas.

Pero quedó reunido nada mas que en aquel momento. La subida al trono de Walid II (125=743) dió lugar á que los keisitas, contenidos hasta allí por la moderación de His-

cham, acometieran á los yemenitas; éstos contestaron con el asesinato del califa (126=744), y esta fué la señal para que estallase en las provincias el mas atroz desorden. Casi en ninguna parte fué acatado Yezid III, proclamado califa por los yemenitas. En Africa, el keisita Abderrahman, que tenía que vengar en los omniadas el maltrato y la muerte de su padre Habib, consiguió, por medio de un atrevido golpe de mano, arrojar de Keirowan, en el año 127 (745), al anciano Hanzala, y después, tras larga y continua lucha con árabes y bereberes, convertirse en soberano del país. En el mismo año estalló también en España, por una torpeza de Abu'l-Jatar, la guerra civil entre árabes del Norte y del Sur. Como ésta solo termina con la segregación perdurable del país del imperio de los califas, no trataremos ahora de ella, sino en la última parte de nuestra obra, dedicada á la historia del peculiar é independiente desarrollo de la Península; bastará que digamos aquí que desde el año 127 (745) la autoridad de los califas no alcanzó ya mas allá de Trípoli. Desde la batalla de la Pradera (64=684), es decir, durante mas de cincuenta años, no había habido en la Siria ni siquiera la sospecha de un levantamiento contra la casa de Omayya; pero á la sazón por todas partes se oían los gritos de: «¡Aquí Keis! ¡Aquí Kelb!» Desde Hims marchaban otra vez contra la capital los keisitas que habitaban en la Siria septentrional, y solo momentáneamente pudo resistirles Yezid III (126=744) con sus yemenitas, pues ya se acercaba, viniendo del Nordeste, Merwan Ibn Mohammed, lugarteniente de la Armenia y del Aderbidyan, con un numeroso ejército engrosado durante la marcha por muchos refuerzos keisitas. Merwan, nieto de Merwan I y por lo mismo primo de Hisham, había gobernado las provincias del Norte desde 114 (732), siendo respetado en su cargo, como sobrino de Abdelmelik y primo de cuatro califas, por los varios gobiernos que se habían sucedido en los últimos tiempos. Consideróse entonces llamado á derrocar al usurpador para restablecer la unidad de la casa de Omayya, contra la que se había atentado con el asesinato de Walid II. Pero antes que penetrara en la Siria con su ejército, había muerto Yezid (hacia fines de 126=otoño de 744), dejando la sucesión á su hermano Ibrahim. Como era de esperar, ni Merwan ni los keisitas quisieron reconocer á éste; sublevóse otra vez Hims, y en el año 127 (fines de 744) se presentaron 80,000 partidarios de Merwan frente á los 120,000 yemenitas que habían acampado en Ein El-Scharr, entre el Líbano y Antilibano, para cubrir la capital. A pesar de la superioridad numérica de los árabes del Sur, acudidos por Suleiman, hijo de Hisham, obtuvo la victoria Merwan, debida tanto á las mejores cualidades de sus tropas como á un ataque imprevisto de su caballería contra la retaguardia del enemigo (7 Safar 127=18 noviembre 744). La batalla le abrió el camino de Damasco, y poco después, habiendo sido fácil obtener la renuncia del débil Ibrahim, recibía el homenaje del pueblo en la capital (reinó en 127-132=744-750).

Merwan tiene en verdad derecho á ocupar, como el segundo de su nombre, el último puesto en la serie de los califas damascenos. Si bien no llegó á ejercer de hecho la soberanía sino en una pequeña parte del imperio, luchó durante cerca de seis años con los enemigos que se alzaban en todos los puntos del vasto territorio, con tal energía y tenacidad que le valieron entonces el sobrenombre de *El-Himar*, «el asno», y excitan aun hoy toda nuestra admiración. Después de los locos y viciosos mozalbetes de la última época, fué Merwan todo un hombre, con el cual feneció desgraciada pero honrosamente la dinastía de los omniadas. La salvación de ésta no era ya posible desde que la guerra civil entre los sirios había dividido las fuerzas de la metrópoli. Si los